



MICHAEL ENDE

JIM BOTON Y LOS TRECE SALVAJES

Jim Botón y su fiel amigo Lucas el maquinista se embarcan en una extraordinaria aventura a bordo de la locomotora Emma, que les llevará a tierras maravillosas habitadas por sirenas, gigantes, dragones y princesas.

Queridos amigos:

Los que no habéis leído las primeras y extraordinarias aventuras de Jim Botón y Lucas el maquinista, quizás os sintáis sorprendidos de las maravillosas cosas que les ocurren en este libro. Pero en cuanto hayáis doblado la última página, os sentiréis tan identificados con ellos, que ya no os extrañará nada que la vieja locomotora Emma aprenda a volar, ni que existan faros que sean a la vez grandes y pequeños, y mucho menos que los Trece Salvajes sufran una derrota tan sorprendente. Habréis penetrado en un mundo donde todo es posible, un mundo que todos los niños conocen, pero que, desgraciadamente, las personas mayores han olvidado ya.

En estas nuevas aventuras hallaréis fabulosos personajes, como la sirenita hecha de verde ambrosía y su prometido, conocedor de antiquísimos misterios, junto a muchos viejos conocidos, tales como el Sr. Tur Tur, el falso gigante, el sólo a medias dragón Nepomuk, el diminuto superbonzo Ping Pong, la inteligente princesita Li Si y, naturalmente, todos los habitantes de los Estados Unidos de Lummerland y Nuevo-Lummerland.

Y si alguno de vosotros siente, al final del relato, el deseo de llegar algún día al maravilloso país de Jim Botón y sus amigos, os voy a revelar la forma de conseguirlo. Basta con que los imitéis en su noble conducta de eternos defensores de la justicia, la alegría y la paz.

Capítulo 1

EN EL QUE LA HISTORIA EMPIEZA CON UN FUERTE «¡BUUUM!»

En Lummerland hacía casi siempre buen tiempo. Pero, naturalmente, también había días en que llovía. Eran pocos, eso sí, pero llovía a cántaros. Nuestra historia empieza precisamente en un día así.

Llovía y llovía y llovía.

Jim Botón estaba en la pequeña cocina de la casa de la señora Quéé y la princesa Li Si también se hallaba allí porque le habían dado catorce días de vacaciones en el colegio. Cada vez que iba a Lummerland de visita, se preocupaba por encontrar un bonito regalo para llevarle a Jim. En una ocasión fue una bola de cristal dentro de la que había un minúsculo paisaje chino. Cuando se la sacudía, nevaba dentro de ella. En otra ocasión le regaló una sombrilla de papel de muchos colores, y en otra, un sacapuntas muy práctico que tenía la forma de una locomotora.

En cambio esta vez le había llevado una maravillosa caja de pinturas chinas. Los dos niños pintaban, sentados el uno frente al otro, sobre la pequeña mesa de la cocina. Junto a ellos se sentaba la señora Quéé. Se había puesto las gafas y leía en voz alta una historia de un libro muy grueso y tejía al mismo tiempo una bufanda para el muchacho.

Era una historia muy interesante, pero Jim miraba y volvía a mirar, algo distraído, por la ventana en la que las go-

tas resbalaban como pequeños riachuelos. La cortina de agua era tan espesa que casi no se veía la estación de Lucas, donde Molly, la pequeña locomotora, segura y seca, estaba junto a la gorda y vieja Emma bajo el alero del tejado.

Pero no debemos pensar que fuese una lluvia triste, como ocurre entre nosotros. No, de ninguna manera, porque en Lummerland el mal tiempo no es verdaderamente malo sino alegre y jubiloso. Es más bien una especie de concierto de agua. Las gotas de lluvia caían y tamborileaban y chapoteaban alegres sobre el cristal. Las goteras gorgoteaban y los chorros de agua llegaban a los charcos murmurando como si una multitud entusiasmada estuviese aplaudiendo.

Jim vio salir a Lucas de su pequeña estación. El maquinista levantó la mirada hacia el cielo, montó en su Emma y salió con ella a la lluvia. Molly se quedó al cobijo de la estación. Había crecido mucho y era ya casi como la mitad de Emma. Un medio súbdito como Jim podía permanecer cómodamente en su cabina.

Lucas dio un par de vueltas alrededor de la isla sólo para que nadie pudiera ni tan sólo suponer que cuando hacía mal tiempo en Lummerland fallaba el servicio del ferrocarril. Luego volvió a llevar a Emma junto a Molly, bajo el tejado de la estación, se levantó el cuello de la chaqueta, se metió la gorra hasta la nariz y con pasos muy largos se dirigió hacia la casa de la señora Quéé. Jim se levantó de un salto y le abrió la puerta a su amigo.

—¡Brrr, qué tiempo! —gruñó Lucas al entrar, mientras sacudía su gorra.

—¡Buenos días, Lucas! —dijo Jim, sonriendo.

—¡Buenos días, colega! —respondió Lucas.

Jim no sabía muy bien lo que significaba esa palabra, pero comprendió que era algo que se decían los maquinistas entre sí. Miró de reojo a Li Si para ver si lo había oído. Pero parecía que la pequeña princesa no veía en ello nada de particular.

Lucas saludó a las dos señoras, se sentó en una silla cerca de la mesa y preguntó:

—¿Me podríais dar una buena taza de té caliente con un hermoso chorro de ron?

—Claro, Lucas —dijo la señora Quéé amistosamente—, el té caliente previene los enfriamientos en un tiempo como el que tenemos. Li Si me ha traído un paquete del mejor té chino y también encontraré un chorrito de ron.

Mientras la señora Quéé preparaba el té y un delicioso aroma llenaba la habitación, Lucas admiró los dibujos de Jim y de Li Si. Luego guardaron todas las cosas que habían sacado para pintar, y pusieron la mesa.

Por último la señora Quéé les sorprendió con un gran bizcocho de Saboya dorado, espolvoreado con mucho azúcar molido. No es necesario proclamar que tenía un sabor exquisito, porque es ya sabido que la señora Quéé era maestra en estas cosas.

Cuando ya no quedó ni una miga, Lucas se recostó en el respaldo de su silla y llenó su pipa. También Jim fue a buscar la suya, con la que tiempo atrás le había obsequiado la pequeña princesa como regalo de esponsales. Pero no fumaba de verdad. Lucas le había disuadido, explicándole que cuando se empieza a hacerlo ya no se crece. Entre los mayores eso no importa porque ya son bastante altos, pero Jim era todavía sólo medio súbdito y claro está que no querría seguir siéndolo siempre.

Afuera empezaba ya el crepúsculo y la lluvia había dejado de ser tan fuerte. Asimismo, en la cocina se estaba caliente y a gusto.

—Hay algo que te quiero preguntar hace tiempo, Li Si —empezó Lucas después de haber encendido lentamente su pipa—, ¿qué tal sigue el dragón Maldiente?

—Sigue durmiendo tranquilamente —respondió la pequeña princesa con su agradable vocecilla de pájaro—. Pero es maravilloso mirarle. Brilla y reluce desde la cabeza hasta la punta de la cola, como si fuera de oro puro. Mi pa-

dre ha mandado que le vigilen día y noche unos guardas para que nadie moleste su sueño encantado. He ordenado que le informen en cuanto el dragón empiece a despertar. Entonces os avisará en seguida.

—Muy bien —dijo Lucas—, ya no puede tardar mucho. El mismo dragón nos dijo que despertaría al cabo de un año.

—Según los cálculos de nuestros «Flores de la Sabiduría» —respondió Li Si—, el gran momento será dentro de tres semanas y un día.

—Entonces lo primero que haré será preguntarle al dragón —añadió Jim—, dónde me raptaron los trece piratas y quién soy yo en realidad.

—Ah, sí —suspiró la señora Quéé, emocionada. Temía que entonces Jim se alejara para siempre de Lummerland y de ellos. Pero por otra parte también comprendía que el muchacho tenía que descubrir, como fuera, el misterio de su origen. Por eso no dijo nada más y se limitó a suspirar por segunda vez, profundamente.

Luego Jim fue en busca de su caja de juegos y los cuatro jugaron a «Hombre no te enfades» y «Coge el sombrero» y a todos los demás juegos que había en ella.

Naturalmente, casi todo el rato la pequeña princesa estuvo ganando. Esto no era una novedad pero Jim no conseguía conformarse. Quería mucho a Li Si, pero la hubiese querido más si no hubiese sido siempre tan lista. La hubiera dejado ganar de vez en cuando, pero eso era imposible, porque Li Si ganaba siempre, de todas formas.

Afuera se había hecho completamente oscuro y había dejado de llover. De pronto llamaron a la puerta.

La señora Quéé la abrió y entró el señor Manga. Cerró su paraguas, lo colocó en una esquina, se quitó el bombín y se inclinó en una reverencia.

—¡Buenas noches, buenas noches a todos! Por lo que veo están ustedes ocupados en la interesante actividad del juego. Sepan, señoras y caballeros, que sentado en mi ca-

sa, me sentía muy solo y me pregunté si no les importaría que me uniera a su alegre compañía.

—Nos gustará mucho —dijo amistosamente la señora Quéé, y poniendo sobre la mesa una taza para el señor Manga, la llenó con el contenido de la gran tetera.

—¡Siéntese usted con nosotros, señor Manga!

—¡Gracias! —respondió el señor Manga, sentándose—. Les quiero confesar que hace una temporada tengo una preocupación, y me agradecería conocer la opinión de ustedes. Se trata de esto: cada uno de los habitantes de Lumerland está aquí para algo, menos yo. Yo, sencillamente, lo único que hago es pasear y ser gobernado. Estoy seguro de que ustedes comprenderán que esto no puede seguir así.

—¡Qué tontería! —exclamó la señora Quéé—, tal como es usted le tenemos todos mucha simpatía.

Y la pequeña princesa opinó:

—Precisamente por ser como es.

—Muchas gracias —respondió el señor Manga—, sin embargo, ser sólo así, sin nada más, no es vivir. Pero puedo añadir que soy un hombre extraordinariamente culto y que tengo grandes conocimientos que algunas veces me asombran a mí mismo. Pero desgraciadamente nadie pregunta sobre eso.

Lucas se recostó en el respaldo de la silla y lanzó, en silencio, unos anillos de humo hacia el techo, luego, pensativo, dijo:

—Opino, señor Manga, que eso se sabrá algún día.

En aquel momento se oyó un fuerte ¡buuum! como si algo hubiese chocado contra la isla.

—¡Ángeles del cielo! —exclamó la señora Quéé y por el susto casi dejó caer la tetera—, ¿lo habéis oído?

Lucas se había puesto ya de pie y se había colocado la gorra en la cabeza.

—¡Rápido, Jim, ven conmigo, vamos a ver que es lo que ocurre!

Los dos amigos marcharon corriendo hacia Nuevo Lummerland que era donde se había oído el ruido. La lluvia había parado, pero era noche cerrada y sus ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a la oscuridad. Sólo se distinguía el contorno de algo muy grande.

—A lo mejor es una ballena —opinó Jim.

—No, no se mueve —dijo Lucas—. Parece más bien un barco pequeño.

—¡Eh, eh! —exclamó de pronto una voz—, ¿no hay nadie ahí?

—Claro que sí —contestó Lucas— ¿a quién buscan?

—¿Es ésta la isla de Lummerland? —quiso saber la voz.

—Esto es Nuevo Lummerland —aclaró Lucas—, ¿quién es usted?

—Soy el cartero —dijo la voz con tono lastimero, desde la oscuridad—. Esta tarde, a causa de la lluvia he perdido el rumbo. Y como está tan oscuro que no se puede ver ni la mano delante de los ojos, mi barco ha encallado. ¡Lo siento mucho, tenga la bondad de perdonarme!

—No tiene importancia —exclamó Lucas—, ¡pero baje usted del barco correo, señor cartero!

—Me gustaría —se oyó que decía el cartero—, pero tengo un saco tan lleno de cartas para Lucas el maquinista y para Jim Botón y además es tan pesado que yo solo no lo puedo llevar.

Los dos amigos se subieron al barco y ayudaron al cartero a bajar el saco a tierra. Luego unieron sus fuerzas para transportar la carga hasta la pequeña cocina.

Se trataba de cartas de todas las formas y tamaños y de todos los colores, con los sellos más raros, porque venían del interior de la India y de China y Stuttgart y del Polo Norte y del Ecuador, en una palabra: de todos los países habitados. Los que las mandaban eran niños y los que todavía no sabían escribir, como Jim, habían dictado la carta a alguien o sencillamente la habían dibujado. Todos habían oído hablar o habían leído las aventuras de los dos amigos

y sólo querían que les aclararan algún detalle, o invitaban a Jim y a Lucas o les felicitaban.

Seguramente ahora alguno de mis queridos lectores querrá saber si su carta también estaba allí. Sí señor, allí estaba. Con esto lo confirmo formalmente.

Había además cartas de los niños que Jim y Lucas habían liberado, junto con la pequeña princesa Li Si, de Kummerland, la Ciudad de los Dragones.

—Les tenemos que contestar a todos con una carta —dijo Lucas.

—Pero —exclamó Jim, muy asustado—, yo... ¡yo no sé escribir!

—¡Ah, es cierto! —murmuró Lucas—, bueno, lo tendré que hacer solo.

Jim permaneció en silencio. Por vez primera, deseaba saber leer y escribir y estaba a punto de decirlo, cuando la pequeña princesa, con tono desdeñoso, le dijo:

—¿Lo ves?

No dijo más pero fue suficiente para que Jim no expresara su deseo.

—De todas formas hoy es ya algo tarde —dijo Lucas—. Lo haré mañana.

—Será lo mejor —opinó el cartero—, yo me quedaré aquí esperando y así mañana me podré llevar vuestro correo.

—Eso es muy amable por su parte —dijo Lucas.

—Si usted quiere —el señor Manga se metió en la conversación—, puede pasar la noche en mi casa. Podríamos hablar un rato de geografía, que es una ciencia sobre la que usted, como cartero, seguramente sabe mucho y que a mí me interesa sobremanera.

—Con mucho gusto —contestó el cartero, contento, y se levantó—. Les deseo a todos muy buenas noches. —Y dirigiéndose a Lucas y a Jim añadió—: Debe de ser muy bonito tener tantos amigos.

—Sí —dijo Lucas sonriendo satisfecho—, así es, ¿no es cierto, Jim?

Jim asintió.

—¡Mucho más que eso! —aclaró el señor Manga con aire de importancia—, es fantástico. Señores y señoras, muy buenas noches.

Con esto se fue hacia la puerta para dirigirse a su casa. El cartero le siguió, pero se detuvo y volviéndose exclamó:

—Debo añadir, que mañana por la mañana temprano me excusaré ante el rey Alfonso Doce-menos-cuarto por haber encallado en las orillas de su reino.

Luego marchó a la casa del señor Manga.

Lucas también dio las buenas noches y dejando una nube de humo detrás de sí, se dirigió pesadamente hacia su estación, donde la pequeña Molly dormía tranquilamente junto a la grande y gorda Emma.

Y pronto se apagaron todas las luces en las ventanas de las casas de Lummerland. Sus habitantes dormían en sus camas, el viento silbaba entre los árboles y las olas, grandes y pequeñas, murmuraban en la playa.

Capítulo 2

EN EL QUE JIM INVENTA UN FARO
QUE ES, AL MISMO TIEMPO, GRANDE
Y PEQUEÑO

A la mañana siguiente el cielo permanecía todavía negro y cubierto.

De lo primero que Jim se acordó al despertarse fue de un sueño extraño que había tenido durante la noche. Estaba debajo de un árbol muy alto, reseco y muerto. No tenía hojas y la corteza resquebrajada dejaba ver la madera desnuda y seca. El tronco estaba agrietado, como si sobre él hubiesen caído miles de rayos. Muy arriba, en lo más alto de la copa del gigantesco árbol muerto, un enorme y siniestro pájaro desplumado, de aspecto miserable, descansaba en una rama. Permanecía muy quieto, pero de sus ojos brotaban continuamente gruesas lágrimas del tamaño de un globo y resbalaban hacia abajo. Jim quiso huir porque temió que cuando las grandes lágrimas llegaran hasta él le cubrieran de agua. Entonces el enorme pájaro gritó:

—¡Por favor, Jim Botón, no huyas!

Jim se detuvo asombrado y preguntó:

—¿Cómo es que me conoces?

—Pero si eres mi amigo —dijo el pájaro.

—¿Qué puedo hacer por ti, pobre pajarraco? —preguntó Jim.

—Ayúdame a bajar de este horrible árbol muerto, Jim —respondió el pájaro—, si no lo haces tendré que morir aquí. ¡Estoy tan solo, tan terriblemente solo!

—¿No sabes volar? —le chilló Jim—, ¡eres un pájaro!

—Pero Jim, ¿ya no me conoces? —respondió el pájaro con voz tremendamente triste.

¿Cómo puedo saber volar?

—Por favor, deja de llorar —dijo Jim sintiéndose muy desgraciado—, tus lágrimas son demasiado grandes. Si me tocan me ahogarán y entonces no te podré ayudar.

—No, mis lágrimas no son mayores que las tuyas —siguió diciendo el pájaro—, ¡míralas otra vez!

Jim siguió atentamente una lágrima que caía y vio con asombro que a medida que se acercaba a él se volvía más y más pequeña. Cuando cayó sobre su mano, era ya tan minúscula que ni siquiera la sintió.

—¿Quién eres, pajarraco? —preguntó Jim.

Y el pájaro chilló:

—¡Mírame bien!

Entonces Jim se dio cuenta, como si lo estuviera viendo claramente, de que el pájaro no era un pájaro sino el señor Tur Tur.

En aquel momento se despertó.

Mientras desayunaba con la señora Quéé y la pequeña princesa, seguía pensando en su sueño.

—¿Estás enfadado conmigo por lo de ayer? —preguntó por fin la princesita que estaba arrepentida de haber molestado a Jim.

—¿Ayer? —contestó Jim distraído—, ¿por qué?

—Porque te dije: «¿lo ves?».

—¡Ah! —dijo Jim—, eso no tiene importancia, Li Si.

Lucas llegó y se interesó por cómo habían pasado la noche; lo primero que hizo Jim fue contarle su extraordinario sueño. Cuando hubo terminado, Lucas permaneció largo rato en silencio sacando grandes nubes de humo de su pipa.

—Sí, el señor Tur Tur —gruñó—, pienso muchas veces en él. Sin su ayuda nos habiéramos perdido en el desierto «El Fin del Mundo».

—¿Cómo estará? —murmuró Jim.

—¡Quién sabe! —dijo Lucas—. Seguramente seguirá vi-
viendo completamente solo y aislado en su oasis.

Cuando terminaron de desayunar, la señora Quéé retiró la vajilla de la mesa y la princesita la ayudó a lavarla y secarla, mientras Lucas y Jim se disponían a contestar a las muchísimas cartas. Lucas escribía y Jim le ayudaba lo mejor que podía, pintando como firma su carita negra al final de todas las cartas, las doblaba y las metía en el sobre, les ponía el sello y las cerraba. Cuando hubieron terminado todas las cartas, a Lucas el maquinista, que era verdaderamente un hombre muy fuerte, le dolía la mano de tanto escribir. Y Jim, que había pegado todos los sellos y todos los sobres lamiéndolos con la lengua, se recostó completamente agotado en su silla y exclamó:

—¡Oh, cadamba, que dabajo dan pedado!

En realidad había querido decir: «¡Oh, caramba, qué trabajo tan pesado!». Pero la lengua se le había quedado pegada en la boca. Se tuvo que lavar los dientes y hacer gárgaras, porque si no, no hubiera podido comer con los demás al mediodía.

Por la tarde llegó el cartero acompañado del señor Manga. Habían visitado al rey Alfonso y habían recibido la orden de que avisaran a todos los súbditos para que se dirigieran a palacio. Así lo hicieron.

El rey estaba sentado, como siempre, en su trono vistiendo el batín de terciopelo rojo y calzando las zapatillas de cuadros escoceses. Junto a él, en una mesa a propósito, estaba el gran teléfono de oro.

—Mis amados súbditos —dijo saludando amistosamente con la mano a cada uno de ellos—, os deseo que tengáis muy buenos días.

Entonces tomó la palabra el señor Manga:

—Todos deseamos a Vuestra Majestad unos muy buenos días y le expresamos solemnemente nuestra humilde y devota sumisión.

—Bien —empezó el rey, y carraspeó varias veces mientras ponía en orden sus ideas—, en verdad, mis amados súbditos, me duele hacerlo pero debo decirlos que el motivo por el que os he convocado es muy triste. Es, por decirlo así... en cierto modo...

Carraspeó varias veces más y paseó su mirada indecisa por todos los presentes.

—¿Nos quiere Vuestra Majestad comunicar alguna decisión? —dijo la señora Quéé, deseosa de infundirle ánimos.

—Eso quiero —respondió el rey—. Pero no es tan sencillo como parece. En realidad he tomado varias decisiones, exactamente dos. La primera decisión es que he decidido haceros partícipes de mi decisión. Esto ya lo he hecho y con ello os he comunicado mi primera decisión.

El rey se quitó la corona, le echó aliento y le sacó brillo con la manga del batín, tal como solía hacerlo cuando estaba muy preocupado y quería ganar tiempo para poner en orden mis ideas. Por fin se volvió a poner, con gesto decidido, la corona y dijo:

—¡Fieles súbditos!: Lo ocurrido ayer con el barco correo nos ha demostrado que de esta forma no podemos seguir. Es demasiado peligroso. En lenguaje real lo llamaríamos «una situación de desastre».

Significa que se trata de algo que no puede seguir.

—¿Y qué es lo que no puede seguir, Majestad? —preguntó Lucas.

—Os lo acabo de decir —suspiró el rey Alfonso, secándose con su pañuelo de seda unas gotas de sudor de la frente, porque la audiencia le empezaba a cansar.

Los súbditos esperaron silenciosos a que el rey Alfonso se calmara y siguiera hablando:

—No lo podéis entender porque es demasiado complicado. Lo importante es que lo entienda yo, que para algo